

La serpiente blanca

Hace muchos años vivía en el mundo un rey que era famoso en todo su reino por su sabiduría. Nada le permanecía desconocido, y parecía que las noticias sobre los asuntos más secretos llegaban a él por sí solas desde todas partes.

Pero aquel rey tenía una extraña costumbre: en cada comida, cuando ya se había retirado todo de la mesa y nadie, excepto él mismo, permanecía sentado a la mesa, un sirviente de confianza debía servirle aún un plato más. Pero ese plato estaba cubierto, y el propio sirviente no sabía qué había en el plato, ni nadie lo sabía, porque el rey no destapaba el plato ni probaba su contenido hasta que no quedaba completamente solo en la habitación.

Así transcurrió mucho tiempo, y sucedió una vez que la curiosidad venció repentinamente al sirviente en el momento en que retiraba el plato de la mesa del rey, y lo venció de tal manera que no pudo resistirla, y llevó el plato a su propia habitación.

Cerrando cuidadosamente la puerta, levantó la tapa del plato y vio que sobre el plato yacía una serpiente blanca. Apenas la miró, cuando ya no pudo contenerse para no probarla; cortó un trocito y se lo metió en la boca.

Y apenas tocó con la lengua ese manjar, cuando escuchó junto a la ventana un extraño silbido de muchas vocecitas finas.

Se acercó a la ventana y comenzó a escuchar, y entonces comprendió que eran gorriones, que conversaban entre sí y se contaban mutuamente todo lo que habían visto en el campo y en el bosque.

Al probar la carne de la serpiente blanca, el sirviente adquirió la capacidad de comprender el lenguaje de los animales.

He aquí que sucedió que precisamente ese mismo día la reina perdió su anillo más preciado, y la sospecha del robo recayó justamente sobre el sirviente de confianza, que tenía acceso a todas partes.

El rey lo llamó ante sí, comenzó a regañarlo y a gritarle, y lo amenazó con que si antes del día siguiente no le indicaba al culpable de la pérdida, él mismo sería acusado de ella y entregado a la justicia. En vano el sirviente aseguraba que era inocente; el rey no revocó su decisión.

Con angustia y temor, el sirviente bajó al patio del castillo y comenzó a reflexionar sobre cómo podría salir de su desgracia. Y he aquí que cerca de allí, tranquilamente sentadas junto al agua corriente, descansaban unos patos, ora acicalándose, ora alisando sus plumas con sus anchos picos; mientras tanto, mantenían entre ellos una conversación franca. El sirviente se detuvo y escuchó.

Se contaban mutuamente dónde habían estado ese día y dónde habían encontrado buen alimento; y una de ellas dijo con fastidio: «Tengo algo pesado en el estómago; en mi prisa tragué un anillo que yacía bajo la ventana de la reina».

Entonces el sirviente inmediatamente la agarró por el cuello, la arrastró a la cocina y dijo al cocinero: «Degüella a esta, ya ha engordado bastante». —«Sí», dijo el cocinero, pesando el pato en su mano, «este no ha escatimado esfuerzos para engordar: hace tiempo que debería estar en el asador». Le cortó el gáznate, y cuando comenzó a vaciarlo, encontró el anillo de la reina en sus entrañas.

Después de esto, ya no fue difícil para el sirviente demostrar su inocencia, y como el rey quería enmendar su injusticia, le permitió pedir cualquier recompensa que deseara y prometió darle en su corte cualquier puesto, el más honorable, que él quisiera. El sirviente rechazó todo y pidió únicamente que le dieran un caballo y algo de dinero para el camino, porque deseaba ver el mundo blanco y viajar.

Cuando su petición fue cumplida, inmediatamente se preparó para el viaje y partió por el mundo blanco.

Durante este viaje, le sucedió una vez pasar junto a un estanque, y vio en ese estanque tres peces que se habían enredado en los juncos y forcejeaban en ellos sin agua. Aunque se dice de los peces que son mudos, sin embargo, el sirviente escuchó claramente sus lamentos sobre que les esperaba morir tan miserablemente.

El corazón del joven era compasivo; descendió de su caballo y liberó a los tres peces de los juncos, devolviéndolos al agua. Estos chapotearon alegremente, sacaron sus cabezas del agua y le gritaron: «¡Nos acordaremos de esto y te recompensaremos por la ayuda que nos has prestado!»

Continuó su camino, y poco después le pareció oír a sus pies, en la arena, la voz de alguien. El joven comenzó a escuchar y distinguió cómo el rey de las hormigas se quejaba: «¡Ojalá pudiéramos librarnos de estos humanos y de sus torpes animales! He aquí, por ejemplo, este estúpido caballo: aplasta a mis hormigas con sus pesados cascos sin ninguna compasión». El joven inmediatamente se desvió del camino hacia un sendero lateral, y el rey de las hormigas le gritó siguiendo su marcha: «¡Nos acordaremos de esto y no permaneceremos en deuda contigo!»

El camino lo llevó a un bosque, y en ese bosque vio a un cuervo viejo y a una corneja que arrojaban del nido a sus polluelos, diciendo: «¡Fuera de aquí, indignos! Ya no podemos alimentarlos suficientemente. Habéis crecido bastante; ahora, claro está, podéis alimentarlos vosotros mismos». Los pobres polluelos yacían tendidos en el suelo, aleteaban, batían sus alas y gritaban: «¡Somos pobres e indefensos! ¿Cómo podemos sustentarnos si aún no sabemos volar? Solo nos queda morir aquí de hambre». Entonces el bondadoso joven descendió de su caballo, lo atravesó con su espada y arrojó su cadáver a los corvatos para su sustento. Estos se abalanzaron sobre el cadáver, se saciaron y le gritaron siguiendo su marcha: «¡Nos acordaremos de esto y no permaneceremos en deuda contigo!»

El buen mozo continuó caminando, caminó y caminó hasta llegar a una gran ciudad.

En aquella ciudad las calles eran ruidosas, y el pueblo se agolpaba en multitudes por todas partes, y alguien recorría las calles a caballo pregonando que la princesa buscaba esposo, y quien quisiera pretenderla debía cumplir una tarea difícil, y si no la cumplía, debía pagar por ello con su vida. Muchos, decían, ya habían intentado cumplir esa tarea, pero solo habían perdido inútilmente sus vidas.

Pero el joven, al ver a la princesa, quedó tan cegado por su belleza, que olvidó todos los peligros, se presentó ante el rey y declaró su deseo de pretender a la princesa.

Entonces lo llevaron al mar y arrojaron ante él un anillo de oro en las olas. Luego el rey le ordenó recuperar ese anillo del fondo del mar, y a su orden añadió: «Si te zambulles tras él y emerges sin el anillo, te volverán a arrojar al agua hasta que perezcas en las olas».

Todos lamentaban al hermoso joven y lo abandonaron en la orilla del mar. Y él permaneció allí en la orilla, reflexionando sobre qué hacer; de repente ve que emergen del fondo del mar tres peces, y esos peces eran precisamente aquellos a quienes él había salvado la vida. El del medio sostenía en su boca una concha, que depositó en la orilla a los pies del joven; y cuando este levantó la concha y la abrió, resultó que dentro estaba el anillo de oro.

El joven se alegró, llevó el anillo al rey y esperó que este le otorgara la recompensa prometida. Pero la orgullosa princesa, al saber que él no era su igual por nacimiento, se apartó de él con desprecio y exigió que cumpliera otra tarea más.

Ella bajó al jardín y ella misma esparció en él diez sacos llenos de mijo. «Mañana al amanecer», dijo, «debe recoger todo este mijo, y de tal manera que no se pierda ni un solo grano».

El joven se sentó en el jardín bajo un árbol y comenzó a pensar cómo podría cumplir esta tarea; sin embargo, nada pudo idear y se entristeció, esperando que, apenas saliera el sol, lo llevarían a la ejecución.

Pero cuando los primeros rayos del sol penetraron en el jardín, vio que los diez sacos estaban delante de él, llenos hasta rebosar, hasta el último grano. El rey de las hormigas había venido durante la noche con sus miles de hormigas, y los agradecidos insectos habían trabajado con gran diligencia recogiendo el mijo y vertiéndolo en los sacos.

La princesa misma bajó al jardín y con asombro vio que el joven había cumplido la difícil tarea. Pero ella aún no podía vencer su orgulloso corazón y dijo: «Aunque ha cumplido ambas tareas que se le encomendaron, sin embargo, no será mi esposo antes de que me traiga una manzana del árbol de la vida».

El joven no tenía ni idea de dónde crecía ese árbol de la vida, sin embargo, se preparó para el viaje y decidió ir por el mundo blanco mientras sus ágiles piernas pudieran llevarlo. Pero no esperaba encontrar ese árbol.

He aquí que partió y ya había atravesado tres reinos, cuando una tarde llegó a un bosque, se sentó bajo un árbol y se disponía a dormir; de repente oyó un ruido y un susurro en las ramas, y una manzana de oro cayó directamente en su mano. Al mismo tiempo, tres cuervos bajaron volando del árbol, se posaron sobre su rodilla y dijeron: «Somos esos tres corvatos a quienes salvaste de morir de hambre. Cuando crecimos y supimos que buscabas la manzana del árbol de la vida, entonces

«Volamos más allá del mar, hasta el confín del mundo, donde crece el árbol de la vida, y he aquí que te trajimos de allí esta manzana».

El buen mozo se alegró, regresó junto a la hermosa princesa y le ofreció la manzana dorada. Entonces ella ya no tuvo más excusas.

Compartieron la manzana del árbol de la vida y la comieron juntos; y su corazón se llenó de amor hacia el joven, y vivieron en felicidad inquebrantable hasta una vejez profunda.